



NUM. 11. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 17 DE MARZO DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO XI. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

REVISTA DE LA SEMANA.



scelente quincena la última para escribir una revista grave, seria, triste, de Cuaresma, en fin, que es de todo el año el tiempo mas á propósito para entregarse á las expansiones del estilo fúnebre! Lluvias, truenos, tempestades, terremotos, incendios... hé aquí, en suma, los anuncios y el cortejo

de que el eclipse de sol, oportunamente registrado en EL MUSEO, vino precedido y acompañado, y cuya memoria no es fácil que se borre pronto de algunas poblaciones. Pero por sensible que sea, nuestro oficio de cronistas nos impone el deber de dar cuenta de todos aquellos sucesos que forman, por decirlo así, época en el espacio que media entre semana y semana. No examinaremos aquí, si la proximidad del eclipse ó su aparición, ejercieron ó no influencia en semejantes sucesos; si lo hemos citado, es únicamente con el objeto de que consten los hechos. Pasaron, por fortuna, los tiempos en que la preocupación y la ignorancia atribuían á los fenómenos mas naturales y sencillos un poder suficiente para trastornar hasta las leyes eternas que rigen la vida del universo, cuanto mas la de las personas y la de los pueblos. Una aurora boreal tiñendo de púrpura el cielo, teníase por signo infalible de guerras y de sangre: la cabellera luminosa de un cometa, era una especie de cola de algun monstruo apocalíptico que iba á devorar al mundo.

Sea de esto lo que quiera, Valencia y algunos pueblos de aquella provincia, han sufrido los terribles efectos de un temporal de los mas furiosos. El núme-

ro exacto de víctimas ocasionadas por él, asciende segun los datos hasta ahora conocidos, á 40, de las fragatas *Sultana* y *Bosphoros*, de la *Washington* y de la polacra *Rosa*. La gente de mar, las autoridades, el vecindario, todos hicieron cuanto estaba en lo posible por salvar á los infelices náufragos, que luchaban con las olas embravecidas ó pedían socorro desde las embarcaciones. Las pérdidas entre buques y cargamentos, se calculan en 40 millones de reales. Los buques perdidos son el bric-barca italiano *Constanza* é *Fortuna*, la goleta francesa *La Famille Allié* y otro, tambien francés, que se dice debe ser el *Borromée*.

En Medelin, isla del archipiélago, perteneciente á la Turquía asiática, ha habido un terremoto que se sintió igualmente en otras del mismo archipiélago, causando inmensas ruinas y considerable número de muertos.

A consecuencia de la voladura del almacen de pólvora de Pausilipo (Nápoles) se cuentan mas de cien víctimas, siendo innumerables los heridos y mutilados. Atribúyese esta catástrofe al oficial encargado del almacen, que habiendo sustraído algunos barriles de pólvora, y viéndose descubierto, se disparó una pistola cuando iban á prenderlo, y voló con el edificio y toda la gente que habia dentro y en las inmediaciones.

Los grandes perjuicios que la prolongacion de la guerra entre los paraguayanos, el Brasil y la repúblicas argentinas, ocasiona al comercio de América, han hecho que los Estados-Unidos interpongan su mediacion, que deseáramos tuviese eficacia bastante para dar una solucion pacífica á las cuestiones que han originado aquella larga y encarnizada lucha.

Los gobiernos peruano y chileno que, segun anunció la prensa de esta córte, habian hecho reclamaciones al de Montevideo, con motivo de la estancia de nuestra escuadra en la rada, parece que no han insistido en ellas despues de la partida del señor Mendez Nuñez, que se verificó en 18 de enero.

La emperatriz Carlota de Méjico, de quien EL MUSEO publicó el retrato y algunos apuntes biográficos, ha reanudado su correspondencia con las personas de su familia, lo cual prueba que felizmente se ve libre de la triste enfermedad que la afligía.

Otro personaje, cuyo retrato dió asimismo nuestro periódico, el célebre viajero Livingstone, ha sido asesinado en Africa, por los negros que le servian de guia en una escursion, hácia el alto Zambezé, si ha

de darse crédito á los rumores que poco há circulaban en Lóndres y de que se ha hecho eco parte de la prensa de aquella capital. Mucho celebraríamos que no se confirmasen, pues Livingstone es uno de esos hombres infatigables y llenos de amor á la humanidad, á quien la ciencia debe importantes trabajos y los países por él explorados muchos de los beneficios de la civilizacion.

Si las puntas de las bayonetas son buenos conductos de ésta, como opinan algunos filósofos ilustres, uno de los genios mas humanitarios es el inventor del fusil Winchester, cuyo fusil es la carabina Henry perfeccionada. Esta carabina no se parece á la del célebre Ambrosio, pues ni es de caña, ni se carga con cañamones, y dispara treinta tiros por minuto. Se nos olvidaba decir que Europa es deudora á América de éste y otros juguetillos inocentes por el estilo. El ejército federal suizo es el primero que la ha adoptado.

Ha principiado el derribo del edificio y la cerca del *Tivoli*, cuyo terreno parece que se distribuirá en varios solares para la construccion de casas. El sitio es magnífico, pero el precio de las habitaciones no le irá en zaga: no parece sino que todos los vecinos de Madrid están nadando en oro, segun la manía que hay de levantar edificios costosísimos que no vienen á satisfacer ninguna necesidad verdadera. No hay nadie que alguna vez no haya lamentado la falta de casas que, á sus buenas condiciones higiénicas, reúnan la baratura de los alquileres: pero á nadie le ocurre la idea de remediar el mal. La córte de España es una pajarera llena de jaulas, pero no de jaulas espaciosas, claras y ventiladas, donde los pájaros, (y cuidado que los hay grandes), puedan revolverse, sino jaulas de carton, en donde la luz y el aire puros luyen de entrar, por no viciarse en la estrechez de semejantes recintos.

Los sermones de Cuaresma que el padre Félix va á predicar en la iglesia de Nuestra Señora de París, versarán sobre *El arte y lo bello, bajo el punto de vista cristiano*; hermoso tema para lucirse un orador y levantar el espíritu á la contemplacion de las cosas grandes, pero que necesita de un auditorio especial, escogido, á causa de lo poco generalizadas que están las ideas del arte, ideas que ensanchando los horizontes de la inteligencia, ponen á la vista del hombre el espectáculo de nuevos mundos.

En la mañana del martes 12 del actual, falleció el

señor cardenal Puente, arzobispo de Burgos y director y ayo del príncipe de Asturias. Su cuerpo, embalsamado, ha sido conducido al panteón de la catedral de Burgos.

Mas de quinientas cajas de objetos, procedentes de Cataluña, se hallan detenidas en Marsella, por omisión de ciertos requisitos indispensables para darles curso, sin revisarlas, hasta el palacio de la Esposicion; este inconveniente se remediará; lo que no tiene fácil compostura, según vemos, es la cuestión del local destinado para España, local tan reducido que hay imposibilidad absoluta de colocar en él debidamente todo lo que se envíe. Sin embargo, nos consta que la comisión española hace cuanto está en su mano para que todos nuestros productos se espongan dignamente, y esto nos hace concebir la esperanza de que todavía será tiempo de conseguirlo, evitándonos el sentimiento de tener que decir que siempre nos toca bailar con la más fea.

Ya han comenzado los conciertos filarmónicos de la sociedad de profesores, bajo la dirección de Barbieri, que con su genio artístico y su mucha fuerza de voluntad ha conseguido que el público se aficiona de veras á esta clase de solemnidades. Y nada más decimos sobre el particular, por no invadir un terreno que pertenece al escritor especialmente encargado de las revistas musicales.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS
(CONTINUACION.)

Las repúblicas y pequeños reinos de la Grecia, y con especialidad la severa Esparta y la activa y emprendedora Atenas, habían llegado entonces á un grado tal de convencimiento de sus propias fuerzas, que no podían sufrir entre sí preponderancia alguna. La política y el arte militar auxiliaban las pretensiones de unos y otros con todos los recursos que esos dos árbitros del destino de los pueblos reúnen en las épocas de apogeo de las naciones. Todo presentaba la ocasión más favorable para hacer de la historia una gran enseñanza de la vida pública. Tal vino á ser en manos de Tucídides. Su pasión no está en describir países ó batallas, ni en narrar sucesos extraordinarios por el solo deseo de deleitar al lector con las cosas que á él le deleitan: describe, sí, admirablemente, presenta escenas dramáticas y narraciones interesantes, pero subordinando las impresiones al convencimiento. La exactitud en la esposición de los hechos, la pintura enérgica y verídica de los caracteres y la subordinación de todos los sucesos á las causas que realmente los producen, son las leyes indeclinables que se imponen y sobre que giran las demás cualidades de su narración: para dar á los acontecimientos todo el colorido con que necesitan presentarse para que se graben profundamente en el ánimo, los despoja de las circunstancias indiferentes ó comunes, y realiza las cualidades que tienen alguna significación moral ó política; condensa el pensamiento, abarcando el mayor número posible de ideas en las más concisas frases; ordena las palabras de tal modo, que al presentarse sucesivamente en el ánimo, vayan preparándole á una impresión final, enérgica y adecuada á la importancia del hecho; reviste, en fin, el estilo de cuantos adornos pueden contribuir á la distinción entre las ideas y á interesar el corazón en lo que refiere: á este fin sacrifica la armonía de los períodos, los encantos de las risueñas gracias y hasta la nitidez de estilo propia de las obras destinadas al vulgo. De aquí esa frase tan trabajada con que Tucídides da tormento á los lectores superficiales, pero en que tanto encuentra que admirar el sabio paciente y laborioso. En efecto, bajo las apariencias de un estilo desigual é inculto, se encuentran retratos tan acabados, tan interesantes, al par que tan sóbrios en el colorido y tan adecuados en la expresión como el de Pericles, el primer orador popular y el más digno ciudadano de Atenas, el de Alcibiades, personificación de la vanidad ateniense, y de su genio activo y veleidoso, el del virtuoso Brásidas, el del astuto y pérfido Cleon; escenas tan dramáticas como la cuestión entre los mitilénios y los atenienses, tan solemnes como el juicio de los tebanos y los plateenses ante los lacedemonios, tan imponentes como la derrota de los atenienses en Siracusa, descripciones tan vivas y verosímiles como la famosa de la peste de Atenas y la de la salida de los atenienses para Sicilia; arengas militares y políticas llenas de buen sentido y de profundas reflexiones, presentando con ellas no sólo la clave de los sucesos á que se refieren, sino la pintura imperecedera de las pasiones humanas, que hace de la obra un monumento más interesante que las mismas acciones que le sirven de materia.

La historia de Tucídides representa, por consiguiente, el mayor grado posible de armonía entre la razón

y el sentimiento en una obra consagrada principalmente á la ciencia. Por eso, si atendemos á la elevación de las ideas, á la lógica de los razonamientos, al método en la esposición, vemos á Tucídides entre los talentos más elevados que ha poseído Europa, escribiendo una obra imperecedera y maestra de todos los grandes políticos; de los primeros generales y conquistadores; vemos su narración sencilla y bien encajonada, sus discursos profundamente meditados y nada extraños al curso de las ideas que deben ocupar al lector, sus transiciones naturales y sin pretensiones oratorias, su introducción puramente sacada de las entrañas del asunto, su método rigurosamente cronológico. Si desentendiéndonos de este carácter que Tucídides quiso dar á su obra, reparamos en el mágico efecto que produce en nuestra alma, encontramos desenvuelta una gran acción con toda la animación del drama, con caracteres vivamente descritos y más vivamente desenvueltos en el curso de sus acciones y de sus palabras, una intriga hábilmente conducida, tan verosímil como la verdad misma, y cuyo desenlace había de ser la trágica muerte de la culta Atenas; veremos, en fin, su obra adornada de los distintivos de la poesía, pues sólo el arte conducido por el genio es capaz de producir tanta belleza en el conjunto y tan esmerada ejecución en los detalles, que si se hubieran empleado para adornar una fábula, hubieran colocado á Tucídides entre los primeros escritores épicos ó dramáticos.

Más cada uno de los tres grandes historiadores griegos concibió de un modo distinto la importancia de la historia. Después de las manifestaciones espontáneas de Heródoto y de la imponente narración de Tucídides, vemos en Jenofonte al hombre espiritual de la escuela de Sócrates, que considera lo más necesario en la vida el adquirir el dominio sobre las pasiones y la rectitud en los juicios: á sus ojos, la historia es un vasto campo de observación en que el hombre debe aprender á conocerse á sí mismo y aprovecharse de los grandes ejemplos de virtud que nos legaron los héroes de cada una de las naciones: este fin que se propuso Jenofonte, le distingue profundamente de Tucídides, que aunque estudia también al hombre, lo hace más en sus relaciones exteriores y en el complejo desarrollo de las fuerzas sociales que en la vida individual é íntima de la conciencia: le diferencia también de Heródoto, que aunque preocupado del destino de los individuos y de las naciones en relación con su conducta, se aproxima notablemente á la enseñanza austera de la tragedia, en medio de su infantil curiosidad por describir situaciones halagüeñas y escenas maravillosas, mientras que en Jenofonte lo que domina no es la idea del destino aterrando á los hombres para hacerles piadosos, sino la del poder de la voluntad y el respeto á los consejos de la prudencia y al poder divino. Este carácter filosófico-moral de los escritos de Jenofonte, no podía menos de influir en su estilo, y en esto encontramos otra diferencia notable entre él y los dos historiadores precedentes. Jenofonte conoce perfectamente los secretos de la pura dicción del dialecto ático, y en su tiempo ya estaban bastante fijadas las reglas del estilo culto para que no pudiera prescindir de ellas como Heródoto, ni adoptar como Tucídides una dicción y unos giros peculiares é inusitados, que por otra parte su propósito de no elevarse por cima de la comprensión de las inteligencias vulgares hubiera rechazado: así es, que por un lado vemos en él, en general, una suavidad, una gracia, una corrección, una claridad, una oportunidad, que no sólo anuncian uno de los espíritus más admirablemente dotados por la Providencia, sino que también manifiestan cierto arte, sin el cual no se conseguirían tan preciosas cualidades; por otra parte, es tan amante de la naturalidad, tan amigo de no vestir las ideas con un traje más rico de lo que ellas en sí merezcan y tan impasible espectador de los sucesos humanos, que su narración es siempre sencilla, sin adorno, interrumpida sólo por breves discursos en que resalta más la oportunidad que la elocuencia, y por episodios más ó menos estudiados y más ó menos íntimamente relacionados con el asunto principal, pero sin tomar nunca los primeros la importancia de las arengas de Tucídides, ni dar los segundos á la narración el aspecto de un canto épico.

Esta carencia de arte exterior no es igual en todas las obras de Jenofonte, aunque en todas las que constituyen su fama sea su carácter la moderación. Dejando aparte sus inmortales *Memorias de Sócrates* y demás tratados filosóficos y técnicos, cuyo examen no es de este lugar, debemos mencionar sus *Helénicas* ó *Historia Griega*, continuación de la de Tucídides, en la que, ya por la debilidad de la edad avanzada en que la escribió, ó ya por la falta de tiempo para corregirla y adquirir datos exactos, dejó poco que admirar al literato y sólo la estudia el historiador por las noticias que contiene sobre una época de que se conservan pocos monumentos: el *Elogio de Agesilao* pertenece más bien al panegírico que á la historia, y tampoco vemos en él el estilo propio de Jenofonte. La *Anabasis* y la *Ciropeya*, son las dos únicas obras en que debemos detenernos.

La primera cuenta la muerte de Darío Noto y la

suerte que cupo entonces á sus dos hijos Artajerjes y Ciro el joven, la traición que á éste hizo Tisafernes delatándole ante su hermano como conspirador contra el trono; los preparativos que hizo cautelosamente Ciro, despechado contra el proceder de Artajerjes y favorecido por su madre Parisatis, los auxilios que recibió de los aliados griegos, la expedición que hizo al través de las provincias del Asia menor, la Siria y los desiertos á la izquierda del Eufrates, la desgraciada batalla de Cunaxa, en que pereció Ciro al lado de su hermano Artajerjes y en que muertos también los principales caudillos persas y griegos que le acompañaron, hubieron de aceptar los vencidos una paz honrosa, pero no cumplida; la retirada memorable que los diez mil griegos que habían sobrevivido se vieron precisados á hacer, dirigidos por el mismo Jenofonte por entre peligros sin cuento, nacidos unos de la naturaleza del país, desconocido y en gran parte inculto, otros de la barbarie de los habitantes y de la soberbia de los vencedores, cuyos malos tratamientos tuvo que evitar el valeroso Jenofonte á fuerza del talento y de la táctica militar que por primera vez ha sido descrita en esta obra: por último, las aventuras ocurridas á los griegos en su viaje marítimo desde el Ponto Euxino hasta que llegaron á pisar el suelo patrio, son el objeto de los tres últimos libros entre los siete que comprende la *Anabasis*. En ella, los acontecimientos se suceden rápidamente y están espuestos en su mayor sencillez; nunca se detiene á combinar las circunstancias, para formar de una situación un cuadro de variada y brillante perspectiva; la misma batalla de Cunaxa, hecho capital que destruyó los planes del animoso Ciro y que ocasionó la inmortal retirada, está descrita puramente en los más precisos rasgos; el anuncio de la aproximación del ejército de Artajerjes, la turbación del de Ciro, el encuentro de los dos ejércitos, la acometida de Ciro al lugar en que divisó al Gran Rey y su pronta muerte, bastan para explicar la derrota de más de cien mil combatientes acometidos por un millón de guerreros traídos de todas las naciones: las descripciones geográficas amenizan la lectura y ayudan á comprender los movimientos de los ejércitos: los discursos son breves, generalmente de poco fuego, pero bien razonados; los episodios más frecuentes y más naturales en los tres últimos libros, en que los acontecimientos están más desenvueltos que en los anteriores; el interés de la obra creciente, sobre todo en los cuatro primeros libros, y decayendo sólo un poco en los tres últimos, por exigirlo así la naturaleza del asunto, que se refiere á las circunstancias que frecuentemente ocurren en un viaje marítimo.

(Se continuará.)

E. M. FERNANDEZ Y CANTERO.

UN DIA DE AYUNO.

(ESCENAS DE LA VIDA LITERARIA.)

I.

Calientes todavía las cenizas del Carnaval, asoma sobre los bordes de su tumba el triste y demacrado semblante de la Cuaresma.

El Carnaval es la época de los cólicos y de las mentiras; la Cuaresma lo es de las privaciones y las verdades. El sermón ha sucedido á la arenga; el cilicio ha reemplazado al dominó, y los mismos que al dirigirse á la humanidad preguntaban con risa burlona, ¿me conoces?—esclaman con dolorido acento, dirigiéndose al Rey de los Reyes;—¿te conozco!

Para los que hacen de la vida un fatigoso viaje por el desierto, donde no se encuentra el oasis hasta el fin, la Cuaresma es una cosa sencilla, con puntos y ribetes de higiénica; para los que toman á juego lo presente, y se entregan á las eventualidades del porvenir con la confianza de su misma impotencia, el Carnaval es la dicha suprema, y nada puede ofrecer mayores atractivos. Verdad es que los juegos son en muchas ocasiones un riquísimo manantial de enseñanza, del que suelen aprovecharse los hombres serios.

¿No era jugando como hacia Newton sus esperiencias sobre la luz y los colores, cuando lanzaba al aire con toda la fuerza de su aliento pequeñas burbujas de jabón?

¿No aprendía Franklin á nadar, dejándose llevar por una cometa, ni más ni menos que si fuera un grana de Lavapiés ó las Maravillas?

¿No ha sido y es todavía el columpio la más verdadera imagen de la vida, y sobre todo de la vida cortesana, hasta el punto de haber hecho decir á un poeta antiguo:

Ese que arriba contempla
sueña hallarse sobre todos,
y el balance del columpio
le hará descender muy pronto.
Copia fiel de lo que pasa
en este mundo de abrojos,
donde cuando uno se eleva
es porque baja algún otro.

¿Qué tiene, pues, de extraño que haya quien se entregue con efusión á toda clase de juegos, aun á riesgo de morir manteado, como el sobrino del cardenal Mazarino, ó por jugar á la pelota, como Luis X el Testarudo?

Por mi parte, confieso mi debilidad; sin ser gran partidario de los juegos veo siempre con terror la aproximación de la Cuaresma, por mas que venga precedida de mi estación mas amada; de aquella primavera deliciosa que veinte siglos antes de Jesucristo hacían ya exclamar á Horacio:

Jam solvitur ucris hiems gratia vice veris et favonis.

¿Y saben ustedes qué es lo que me aterra de la Cuaresma? Pues bien, lo declararé sin rodeos; no es la obligación del ayuno presente; es la memoria de los ayunos pasados.

Porque tal como ustedes me ven en la actualidad, panzudo y reluciente como los ídolos egipcios, yo he ayunado mas de una vez, no precisamente por cumplir el precepto, sino por obedecer á la ley de la necesidad, la mas imperiosa de todas. Yo, esclavo fiel de aquella máxima que nos ordena ganar el pan con el sudor de la frente, he sudado en alguna ocasión, como sudan cuantos pretenden subir á una caña, donde por fin sube uno solo, y ese uno no he sido yo. Un día, sobre todo...

II.

Era la Cuaresma de 1855, y comenzaba á entrar en la noche, la tarde fria y melancólica de un viernes.

Yo no recuerdo si helaba en la calle, pero sí que habia helado mucho dentro de nuestra casa, sobre todo en la cocina, en cuyas hornillas era ya costumbre tradicional que tomaran el fresco los gatos.

Vivíamos en compañía, por aquella fecha, con la misma union en los cuerpos que continúa reinando en las almas, seis ó siete muchachos arrebatados unos al hogar paterno por vicisitudes de fortuna; venidos otros á la corte con la esperanza de conquistarse un nombre; dueño alguno ya de una reputación que desgraciadamente no le habia producido mas que gloria; todos alegres, todos hermanos por el corazón y por la suerte, y criados todos bajo el mismo cielo; el que copian en sus corrientes Genil y Darro, y el que amenaza con sus picos Sierra Nevada.

De aquellos muchachos sólo uno ha bajado á la tumba recientemente, cuando el arte, en que ya sobresalía, le mostraba sus magníficos horizontes; en cuanto á los demás, los hay que honran en distinguidos puestos la administración y la diplomacia; otros cultivan con fe y entusiasmo la literatura y el periodismo, y alguno, lanzado á pais extraño por los azares de la política, busca en las peripecias de nuevos viajes asunto para sus bellas producciones.

Aparte de estos cambios, todos son hoy lo que eran entonces, y hasta me atrevo á asegurar que todos recuerdan lo que pasó en aquella tarde fría y melancólica de un viernes de la Cuaresma de 1855, que comenzaba á entrar en la noche.

Y digo lo que pasó aquella tarde, porque me consta que nada habia pasado por la mañana, no solamente por nuestras imaginaciones, sino por nuestras bocas.

La dulce y serena voz de aquel á quien habia correspondido hacer de administrador durante la semana, nos lo anunció muy tempranito, murmurando á la cabecera de nuestros lechos:—Señoritos, hoy no se come.

Nadie pensó en protestar de semejante medida; nadie recibió mal al mensajero de tan triste nueva; todos estrechamos su mano, y gritamos á una voz:—Está bien, chacho; pero cuéntanos un cuento.

Y entonces él, que era y es todavía un inimitable narrador, nos encantó durante media hora con su conversación amena y chispeante, y con sus anécdotas de varios colores.

Todos le escuchábamos sentados en las camas, alineadas en una sola habitación como en un hospital, para no separarnos ni aun en el sueño, y en las que nada faltaba, empezando por la mesa de noche, que consistía en una silla desvencijada, con un sombrero viejo encima, al cual se le habia abierto á navaja una portezuela para meter la luz al apagarla.

Alguna vez, en medio de la narración, y turbando el silencio que por intervalos reinaba, se oía un fuerte campanillazo á la puerta. Ninguno se levantaba para abrir; nada esperábamos, nada podían traernos; el importuno era por fuerza un literato, ó un inglés.

—Me parece que han llamado, solía decir alguno cuando insistía mucho el de la puerta.

—No es nada, replicaba el narrador; es que están componiendo la campanilla.

Concluida la sección de cuentos, llegó su turno á los planes que diariamente se discutían con el objeto de ganar algo.

Allí era donde habia que admirar la poderosa inventiva de cada uno. Quién proponía que nos pintáramos de negro, y nos vendiéramos como esclavos; quién que abriéramos un despacho de versos donde se escribieran por el precio mas módico cartas, epitafios, felicitaciones y sátiras; quién que nos tiráramos al canal al pormenor ó en junto; quién, por último, que

abriéramos cátedra de buen humor, no admitiéndose mas que alumnos del sexo débil.

—Pero para todo esto se necesitaba algun dinero, y nosotros no teníamos ni para el betun que pedía el esclavista, ni para el alquiler de la tienda, ni para la muestra del colegio.

Lo único que no costaba nada era el Canal, pero estaba lejos, era mal sano, y lo menos que podíamos pedir era que nos llevaran en coche.

En estas y parecidas bromas pasó el día de que vamos hablando; llegó la tarde, y lo mismo que se reparte á los naufragos una ración de carne salada, se nos repartieron tres cigarrillos por persona; yo recuerdo que dí los míos por un puro de á cuarto, quizás olvidado en casa por el aguador.

Cuando principió á anoecer no quedaban ya ni cigarrillos ni cuentos. Entonces nos consagramos un rato á la música. Recordamos en el piano las mas sublimes melodías, sobre todo alemanas, que se acomodaban con la exaltación de nuestros espíritus; cuestionamos largamente sobre si el coro de cazadores de Freychutz era ó no preferible al de la bendición de los puñales de los Hugonotes, y convinimos por fin en que en artes como en todo, el corazón conmueve mas que la cabeza. Pero la lógica del hambre es terrible; lo mismo fue hablar del corazón, que comenzar á dar voces el estómago.

—¿Qué hacemos? preguntaron entonces los mas impacientes.

—Un solo recurso nos queda; apelar á los chicos de en frente.

—Sí, sí, que se presenten los chicos, exclamamos todos con efusión.

Abrióse entonces la ventana, y una voz estentórea gritó en medio de la oscuridad:

—¡Pilatos!!

Pocos instantes despues el aire trajo á nuestros oídos este otro grito:

—¡Viva!

No cabía duda; los chicos estaban en casa, y se disponían á venir en nuestro auxilio.

III.

Antes de presentarse en escena los chicos de en frente, necesitamos decir acerca de ellos dos palabras.

Los chicos de en frente y nosotros éramos en realidad una sola familia, pero estábamos divididos por una calle. Frente por frente de nuestro sotabanco tenían ellos el suyo; aparte de esto, no habia entre ellos y nosotros tuyo ni mio. Cuando ellos se asomaban á su ventana, y veían las nuestras cerradas y silenciosas, decían para sus adentros: ¡si no habrán comido! Cuando nosotros á las altas horas de la noche nos asomábamos, y veíamos en frente luz, exclamábamos alegremente: ¡mañana comen!

Los chicos de en frente viven aun, y España los ha colocado en la lista de sus primeros autores dramáticos; nosotros les hemos seguido con anhelo fraternal en su gloriosa carrera, y su amistad continúa siendo de nosotros mas preciados tesoros.

El grito á que ellos habian contestado era la señal convenida para llamarnos mutuamente. Un ¡viva Pilatos! bastaba para ponernos en inmediata comunicación, cualquiera que fuese la hora y el motivo, sin respeto á los vecinos ni á los transeúntes, pues en el sitio que habitábamos puede decirse que nuestra atmósfera se hallaba sobre el mundo visible.

No habrían trascurrido diez minutos desde que sonó la señal, cuando los chicos de en frente se presentaron en nuestra habitación. Acompañando á los chicos venían otros dos ó tres tambien del círculo, pero que no vivían en la comunidad.

—¿Qué queréis? nos preguntaron todos con interés.

—¡Comer! replicamos con admirable laconismo.

—¡Imposible! volvieron ellos á decir. Fácil es de comprender la explicación que siguió á estas palabras; explicación que aunque parezca inverosímil, casi nos llenó de alegría, porque los chicos de en frente no habian comido tampoco.

Serian entonces las nueve de la noche. Una lluvia lenta y monótona que se congelaba al llegar á la tierra, habia alejado á la gente de las calles, desiertas y sombrías; el frío era intenso; de los doce que estábamos reunidos, apenas tres teníamos capa.

Uno de los chicos de en frente llamaba despues á este día *el último día de Pompeya*.

—¡Esto no debe seguir así! exclamó de repente el mas arrojado de la cuadrilla. Si no hay otros auxilios, que nos traigan los espirituales.

—¡Yo no puedo mas! murmuró un segundo por lo bajo.

—¡Ni yo menos! dijo otro.

—¿Pero no hay nadie que tenga dinero? grité yo.

—¡Sí! me contestaron tres á un tiempo; se asegura que lo tiene Sevillano.

—Señores, interrumpió uno de los de fuera, yo no sé si me atreva, pero traigo unos cuartos en el bolsillo.

—¡A verlos! gritamos en coro.

Los tenia en efecto. Sumaban, entre todos, veinte

y dos. Al ver este ejemplo, otro de la cuadrilla se animó. Llevaba seis cuartos, que necesitaba para franquear una carta. La carta fue sin sello. Muchos meses mas tarde, alguno de los que tuvieron la culpa, echó por el buzón del correo un sello suelto, en compensación de aquel. Dios le ha recompensado con usura su sacrificio.

Una vez dueños de veinte y ocho cuartos, el voto general fue lanzarse á la calle y devorarlos en silencio, como si se devorara una afrenta. Arropóse cada cual lo mejor que pudo, y agarrados unos á otros, quizá porque ninguno tenia seguridad de sostenerse por sí sólo, salimos en dirección del Café Suizo.

Era aquella la época mas brillante de este café; no habia muerto todavía Mattossi, dando ocasión á que un amigo mio dijera que era preciso variar la muestra, substituyendo la que existe con la de *Muriosi, Fanconi y Compañía*; reuniase allí lo mas selecto de la literatura, lo mas florido de la juventud, y lo mas elegante de la milicia; tres instituciones, de las cuales sólo la primera ha sobrevivido; y las artes, el comercio y la industria, se daban allí en espectáculo á todas horas.

Cuando nosotros llegamos al Suizo, caídos y tirando como es de suponer, el café parecia un hormiguero de gente; miramos al través de los cristales, y allí estaban á docenas nuestros amigos, y á pares nuestros admiradores; el mas insignificante de ellos hubiera podido hacer en aquel momento nuestra felicidad, pero todos permanecimos clavados en la puerta; despues, y como dominados por el mismo pensamiento, doblamos á la derecha, y seguimos por la calle de Alcalá.

En el cielo de nuestras ilusiones, no se vislumbraba mas porvenir que los veinte y ocho cuartos.

Hízose por lo tanto entrega de ellos á uno de los mas caracterizados de la reunión, y éste, acompañado de otro, que fui yo, tomó á su cargo la difícil empresa de dar de comer á doce hombres con aquella suma.

Para lograrlo, penetramos en una tienda de comestibles, que existe aun en la calle de Alcalá, casi esquina á la de Cedaceros, y con acento, tranquilo al parecer, pedimos al tendero nos diera hasta veinte y ocho cuartos de pan y queso, advirtiéndole que fuera barato y abundante, pues no éramos solos. El hombre nos contempló un instante, y (no sin emoción consigno este dato,) al vernos, y al ver tambien en la calle el grupo de famélicos que alargaban el cuello como los buitres al olor de la presa, se contentó con decirnos que el queso valia á cuatro reales la libra, y nos dió, sin pesarlo, un trozo que de seguro tenia dos, acompañado de seis ú ocho rosas.

Momentos despues; sentados los doce en el pilón de la fuente de Neptuno, rompiendo para beber agua el hielo de la fuente, y entre brindis y discursos tan sentidos como inspirados, saboreábamos con incomparable placer aquella comida, mas deliciosa que muchos banquetes, y mas animada que algunas orgías.

Desde aquel día hasta el presente han pasado mas de doce años; alguno de los que tomaron parte en el festín ha disfrutado quince mil duros de sueldo; el mas pobre de todos, puede dar de limosna á cualquier hora el pan y el queso que le tocaron en suerte aquella noche; y sin embargo, mas de una vez han suspirado de alegría al recordar los sueños de entonces, y compararlos con las realidades de ahora. ¿Será necesario decir por qué? Tanto valdria preguntar al niño por qué prefiere el cristal al diamante, y la mariposa al condor.

¡Misterios incomprensibles de la edad!

En cuanto á mí, lo he dicho ya, y lo repetiré una y otra vez; miro con terror la aproximación de la Cuaresma, acaso porque es el precepto y no la necesidad lo que me obliga al ayuno, y acaso tambien porque desde que como, todos los días voy perdiendo la fortaleza del estómago.

MANUEL DEL PALACIO.

CONVENTO DE LA RÁVIDA,

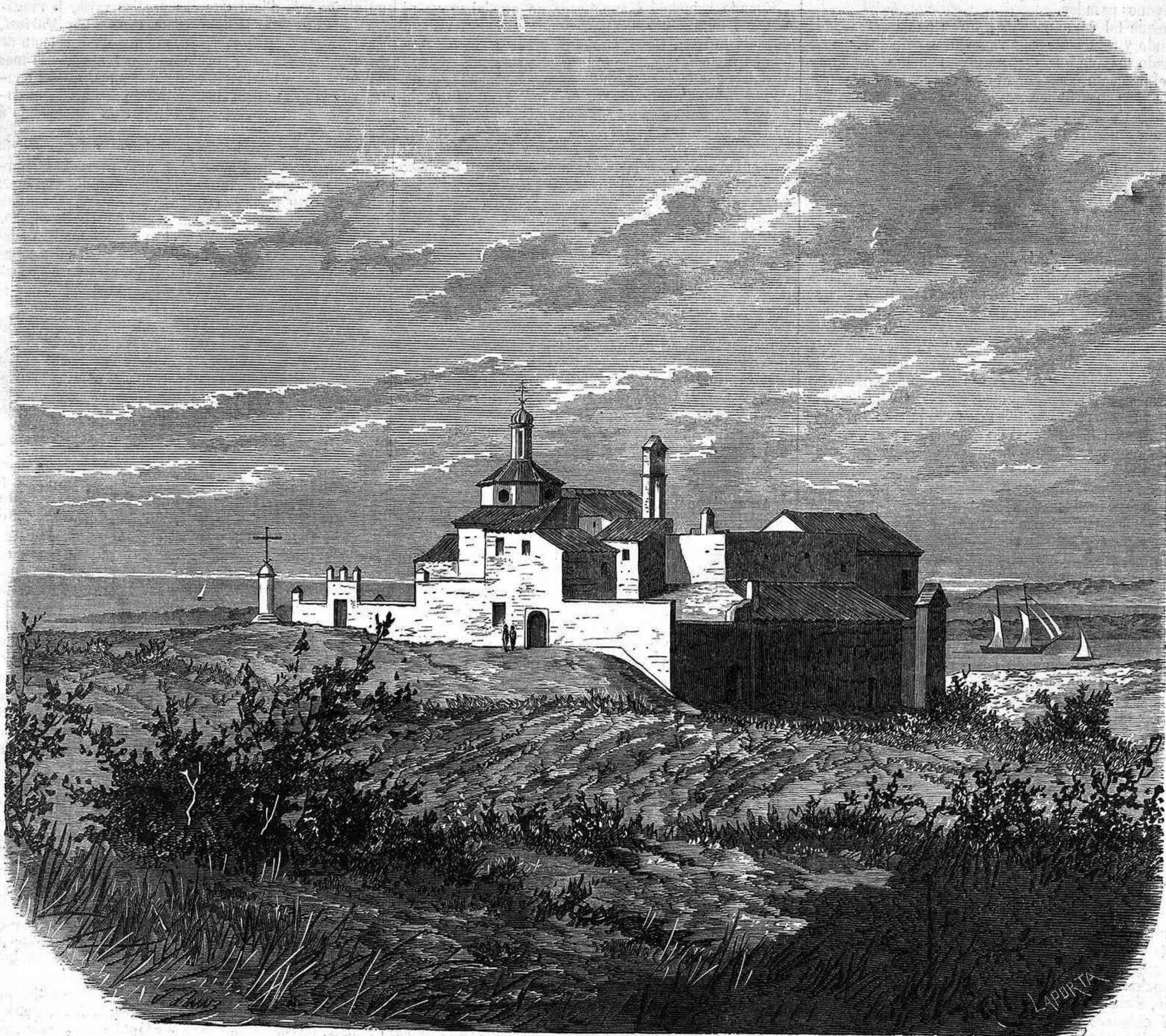
DONDE CRISTÓBAL COLON PIDIÓ HOSPITALIDAD PARA ÉL Y PARA SU HIJO.

En EL MUSEO de hoy damos un grabado que representa el convento de frailes franciscos, de la advocación de Santa María de la Rávida, célebre por la franca hospitalidad que dió á Cristóbal Colon y á su hijo, y por la protección decidida que su guardián, fray Juan Perez de Marchena, dispensó al inmortal marino. Todos los historiadores y biógrafos que conocemos, están contestes en decir que despues de haber solicitado inútilmente Colon el apoyo de varios soberanos de Europa, á fin de poder realizar el sueño de su vida, el descubrimiento de un nuevo continente, resolvió acudir á los Reyes Católicos, á la sazón ocupados en la guerra de Granada. En tales circunstancias llegó al convento de Santa María de la Rávida, situado á corta distancia del pequeño puerto de Palos (provincia de Huelva), con Diego, su hijo, criatura de tierna edad,

Nuestros dos viajeros, estenuados, cubiertos de polvo y de sudor, rendidos de tanto caminar á pie, sufriendo los rigores del sol, llamaron á la puerta del monasterio para pedir agua, que calmase la sed que los abrasaba y reposo para restaurar sus fuerzas. El noble y venerable aspecto del hombre y la gracia del niño, que contrastaban con la pobreza del vestido de uno y otro, enternecieron profundamente á los monjes, que ni un momento vacilaron en darles el asilo y alimento de que tan necesitados estaban. Era guar-

dian de la Rávida, según hemos dicho, Juan Perez de Marchena, persona en quien competían una voluntad siempre dispuesta al bien y una instrucción vastísima; así es, que una vez enterado del nombre, de los planes y de las desgracias del extranjero, ya no conoció límites el entusiasmo con que acogió y se propuso favorecer su empresa, que tantos otros habían considerado como delirios de una imaginación enferma. Y á propósito debemos decir, en honor de nuestra patria, que el consejo de exámen, nombrado por

los reyes, compuesto de los hombres más versados en las ciencias divinas y humanas de los reinos de Castilla y Aragón, bajo la presidencia de Fernando de Talavera, y reunido en Salamanca, oyó á Colon con el miramiento y el respeto debidos á su genio; y hoy está demostrado, no sólo que allí encontró hombres capaces de comprenderle y admirarle, sino que probablemente, ó por mejor decir, evidentemente sin el apoyo de algunos de aquellos sabios, y en particular de fray Diego de Deza, de la orden de Santo Domingo, no hubiera



HUELVA.— CONVENTO DE LA RÁVIDA, DONDE CRISTÓBAL COLÓN PIDIÓ HOSPITALIDAD PARA ÉL Y PARA SU HIJO. (DIBUJO REMITIDO POR D. J. RIUDAVERTS.)

el inmortal genovés tenido la gloria de realizar su portentoso descubrimiento. Hubo discusiones, hubo dudas, hubo incredulidad por parte de varios examinadores: pero ¿qué proyecto, y más de aquella magnitud, no las suscitara aun en nuestro siglo? El edificio de que se trata, es de orden toscano; su iglesia corresponde al orden gótico. El tiempo, el abandono, y otras causas que no hace al caso especificar, causaron algunos deterioros, más sensibles ciertamente por lo que el edificio significaba, que por su mérito artístico; pero el señor duque de Montpensier tuvo la feliz idea de ordenar la restauración, mejorando notablemente su aspecto ruinoso, y merced á estas obras podrá conservarse este monumento, cuya vista recuerda asociadas la gloria de Colon, la del religioso que tanto contribuyó á ella poniéndole en contacto con personajes influyentes de la corte de los reyes Católicos, y la del país generoso que, en situación harto crítica para arrojarle á empresa tan gigantesca, le proporcionó los medios de realizarla.

S.

SIBERIA.—TRINEO TIRADO POR RENOS.

Uno de los grabados adjuntos representa un trineo tirado por renos. La Providencia, sabia en todo, ha ocurrido á las necesidades de los habitantes de las diferentes latitudes, colocando á su alcance los medios de satisfacerlas. Los que viven en los desiertos páramos de la Siberia, pasarían largo tiempo condenados á una triste inmovilidad, no teniendo á su disposición los renos, esos útiles y sufridos animales que, en medio de los rigores del frío, y de los peligros del terreno que grandes masas de nieve ocultan, los trasportan con seguridad y rapidez á considerables distancias. El reno, grande como un buey, con cuyo animal tiene alguna semejanza, sobre todo en la pezuña y el hocico, se parece en el resto del cuerpo, y en la viveza y elegancia de sus movimientos á la cierva. La rapidez de su carrera es fabulosa: son tan duros para el trabajo, que pueden andar 30 kilómetros sin tomar aliento; cuando sienten hambre, dejan el trineo y se van en busca de líquen, su planta favorita, y una vez sa-

tisfecha su necesidad vuelven, sin que sea necesario llamarlos, á que los enganchen. Los trineos ó *narkes*, nombre que les dan los naturales del país, son los carruajes de que tiran los renos, y consisten en una especie de caja, de mayor ó menor capacidad, según los usos á que están destinados. En las expediciones largas, su interior va provisto de camas de pluma y de pieles, pues se viaja, no sentado, sino acostado, y con tanta comodidad como si se estuviera en la propia cama.

REVISTA DE TEATROS.

TEATROS DE VERSO EN MADRID.—SU ESTADO PRESENTE.—OBRAS NOTABLES DE LA TEMPORADA.—PORVENIR DEL TEATRO NACIONAL.—NUEVA COMPAÑÍA DE LA Zarzuela.

El teatro español languidece y desmaya, hemos dicho recientemente; el teatro español agoniza, añadi-



TIPOS DE SORIA.—PASTOR Y PASTORA DE VILLACIERVOS.

remos hoy, al considerar la crisis que atraviesa, humillante, dolorosa é inusitada. Rara vez han experimentado los espectáculos de nuestro país una suerte mas aciaga, un desden mas profundo y una esterilidad mas completa; sólo en ocasiones difíciles, en situaciones extraordinarias y pasajeras han sufrido los efectos de la indiferencia pública. A la hora que escribimos

estas líneas no existe mas que un vago recuerdo del arte nacional, de la escena tradicional española, en teatros ínfimos ó cafés con tabladros, parecidos á aquellos en que tuvieron su origen los primitivos juegos escénicos. Es digno de observación este fenómeno: al mismo tiempo, que por distintas causas, los principales coliseos se cierran, la afición á las representacio-

nes cunde y se propaga, y no hay café donde no se improvise un escenario, ni sala, desde la mas humilde hasta las mas aristocráticas, en las que no se manifieste el deseo de rendir culto al arte de Talía. Una turba de actores incipientes é ignorados, convierte en oficio la difícil misión de interpretar á nuestros poetas, y en otra esfera mas alta, se desarrolla el gusto de la declamación, de esa declamación que pudiéramos llamar *platónica*, puesto que solo vive de ilusiones, y en la cual conviértense las señoras en *damas* y los caballeros en *galanes*, con el fin de lucir sus encantos y sus trajes y sus gracias. La clase media y una gran parte de la ínfima, se agolpa, en tanto, á los centros bulliciosos, donde halla grato solaz, siquiera sea breve, por la exigua retribución de ocho cuartos; y allí presencia pequeños simulacros teatrales, donde se agota el repertorio de piezas y sainetes, algunos mejor desempeñados que lo que fuera de esperar, y por cuyo medio se promueve la costumbre en ciertas fracciones de público que jamás llegan á un formal despacho de billetes, de aficionarse al menos perjudicial y mas honesto recreamiento. Esas masas de espectadores que los teatros de *mentira* desvian y arrancan de los teatros de *verdad*, han descubierto el misterio de la sabida frase popular *divertirse y gastar poco*, y no paran mientes en la calidad de los platos que se les sirven, ni en la salsa de la ejecución con que se aderezan comedias acreditadas, sino en la corta cantidad, que por gustar tales manjares, se les exige. Y á este propósito, no está fuera de lugar llamar la atención de las empresas, que aumentan, en vez de disminuir, los precios de las localidades, para que comprendan que el retraimiento de mucha parte del público, se funda en la carestía de los espectáculos.



SIBERIA.—TRINEO TIRADO POR RENOS.

Decretada por la autoridad la clausura del teatro del *Principe*, cuyos productos no eran insuficientes para

sostener una compañía digna de su fama tradicional; abrumado el *Circo* con la pesadumbre de su descrédito, ó de su mala estrella, y cerrado también, y terminada la contrata de la compañía de *Jovellanos*, de existencia corta y esperanzas defraudadas, en sus ganancias, queda reducido el palenque dramático á la escena de *Novedades*, desempolvada y revestida con galas flamantes, para buscar en el negocio de los telones y de las luces de bengala, lo que allí no puede dar de sí el negocio de la literatura. *Novedades* brilla hoy como único centro del espectáculo nacional, y sus puertas se abren orgullosas de haber sobrevivido en el naufragio, aunque se cierran ordinariamente temerosas de no volverse á abrir en mucho tiempo. Fatalidad estraña é inexplicable de nuestros desalquilados coliseos, yacer en desamparo vergonzoso, precisamente en una época en que el público demuestra cada día mayor afición á las comedias: fatalidad por la cual los esfuerzos de la especulación se agotan, el germen de la mente creadora se extingue, la emulación del actor se entibia, y la crítica, anhelante de celebrar triunfos legítimos, ó de reseñar producciones de mérito, vuelve la vista al pasado, como para indemnizarse de la esterilidad amarga del presente.

Apelemos, pues, á recordar las obras verdaderamente útiles y dignas de mención honrosa, que han ofrecido nuestros coliseos, en la presente temporada: curémonos del espanto, de la ruina y de la soledad que nos rodean, y del porvenir que nos amenaza, con los recientes destellos de nuestra tradición literaria, y entregados á la admiración del ayer y á la fé que debe unirnos al mañana, no lo habremos perdido todo, si se mantienen vivos el amor al arte escénico y la admiración á sus sobresalientes manifestaciones.

En el teatro de *Jovellanos* se inauguró la temporada con el drama de carácter histórico *Sueños y realidades*. Obra de autor reconocido y de autor poeta, brilló en ella la delicada musa del señor don Antonio Hurtado; dibujando la figura de la *iluminada* infanta de Castilla, y describiendo sus misteriosas revelaciones, nuestro autor se elevó á las regiones del sentimiento, engalanadas con los atavíos de la fantasía, y al desarrollar la acción, creó situaciones de buen efecto dramático, animó la escena con diálogos, rasgos y detalles de valor artístico y su obra obtuvo el éxito que merecía.

Apareció despues, en las fiestas de Pascua, otro drama, debido á la pluma del mismo ingenio, y á la del señor Nuñez de Arce. Titulábase *La jota aragonesa*, y bajo tan popular denominación, se encerraba un pensamiento felicísimo, y un cuadro de costumbres españolas del pasado siglo, encaminado á ensalzar el amor á la patria y la virtud heroica de la nacionalidad. Asunto mejor sentido que acertado en su desenvolvimiento, languidecía en parte por falta de naturales peripecias, pero algunos de los caracteres de sus personajes interesaban por su verdad histórica y por sus magníficos rasgos. En el acto tercero sobresalía una situación original y de forma y profundidad dramática, síntesis de aquella obra, cuya correcta y armoniosa versificación era digna de sus celebrados autores.

Sigue en orden cronológico, el singular y nunca bien ponderado esfuerzo de una musa que frisa en los setenta años y que aparece mas jóven, cuanto mas se temple en el trabajo. El ilustre Breton de los Herberos nos ofrece una prueba de su inagotable inspiración en su nueva comedia intitulada *Los sentidos corporales*. En ella brota á torrentes el encanto del ingenio cómico, que tanto ha señalado el nombre del poeta: su dicción es tan pura y su estilo tan pulido y tan castizo como siempre. En los giros, en el donaire, en la abundancia métrica, en la dificultad que se impone para vencerla fácilmente, de asonantar y aconsonantar palabras poco usuales; en la vida y la frescura de sus diálogos, animados y chistosos, se reconoce la singular maestría y el privilegiado talento del autor. El argumento peca de estremada sencillez, la comedia, en conjunto puede resultar incoherente; pero aun así ¿qué triunfos mas legítimos se obtienen en edad cansada? ¿dónde está la imaginación que, en el ocaso, conserve tal vigor y lozanía?

Débase también un recuerdo de consideración á don Francisco Luis de Retes por la esmerada forma de su mal afortunado drama *Doble corona*: por su entonación lírica y sus bellos pensamientos, digno es de figurar, en este concepto, y por algunas situaciones que le avaloran, entre las producciones verdaderamente literarias. El señor Retes reúne condiciones de autor, que puede aprovechar en lo sucesivo en asuntos pensados con mayor madurez que su última obra; de este modo y logrando el auxilio necesario de una ejecución que no redunde en su perjuicio, obtendrá la recompensa que le deseamos y que merece su talento.

Y para terminar la revista de las obras de la *Zarzuela*, consignaremos el agrado con que recibió el público el proverbio *Mas vale maña que fuerza*, arreglado del francés. No somos partidarios del abuso en que han caído las traducciones; duélenos esa deplorable facilidad con que se trasladan á nuestra escena cuantas estravagancias y delirios produce la *industria* de

París; pero no negaremos nunca el elogio que les corresponde á los trabajos de este género, en los cuales resalten la conciencia y la inteligencia del escritor.

Del famoso cuanto olvidado coliseo del *Príncipe*, no conservamos en la memoria mas que una grata impresión; la que nos produjo la comedia dramática *El bien perdido*, original del distinguido poeta don Luis Mariano de Larra. Sorprendía en ella y desconcertaba la inesperada transición entre los dos primeros actos y el tercero; dejaba éste un vacío en la ilusión del espectador, y no obstante, el desenlace era lógico, dadas las condiciones y la tendencia del argumento, y por lo tanto interesante. El autor describía costumbres, pintaba tipos en la esposición de la comedia, amenizando los diálogos con pinceladas ingeniosas y con frases intencionales; revelaba observación y estudio de la sociedad, y sobre todo conocimiento práctico del teatro, y engolfando al auditorio en el desarrollo de los caracteres y en los detalles y recursos episódicos, mas que en la unidad de la acción, comenzó por agradar y terminó por hacer sentir. En el acto tercero de *El bien perdido* se hallaba, á nuestro juicio, sintetizada la obra, resuelto su problema elevado y contenida la belleza moral, á espensas de la belleza de sentimiento. La muerte de la heroína, presentada con abundancia de detalles, podría tacharse de demasiado analítica, pero el autor caminaba con paso firme y resuelto á la solución exacta de su pensamiento, concebido bajo el punto de vista de la escuela del realismo, y para que el ejemplo fuera elocuente y duro, el castigo de los padres que sacrificaron á la hija en aras de su vanidad pueril, tenía forzosamente que aparecer tirante la situación final. El señor Larra venció en su arriesgado propósito, y el perdido bien de la comedia, significó un bien hallado para el inteligente y fecundo autor.

Este es el resumen de los sucesos teatrales importantes hasta el presente: tras ellos, nada ha sobrevivido, mas que el destino aciago de la escena española; por su influjo maléfico se borran hasta las huellas del arte, y el público retraído no acude al llamamiento de los telones de la magia, ni al de las mogigangas de la calle de la Magdalena. El porvenir del espectáculo esencialmente español, que es la comedia urbana y honrada, se muestra oscuro, porque su cultivo se halla abandonado; y si la nueva formación de la compañía del elegante coliseo de *Jovellanos*, en la cual justo es confesar que ha andado acertada la empresa dirigida por el señor Gaztambide; si los autorizados poetas que la patrocinan, no influyen, concertando los elementos de que disponen, para reanimar los abatidos restos del arte escénico, se verá disipada nuestra última y lisonjera esperanza y consumado el fin desastroso de una institución, que en ningún país de la Europa civilizada, mas que en España, se halla entregada á su propio esfuerzo.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Hace tiempo se ha publicado el *Romancero de Cristóbal Colon* (1), obra póstuma del malogrado poeta don Ventura García Escobar, de la que ofrecimos, al anunciarla, trasladar á EL MUSEO algunas composiciones. Hoy, que nuestro periódico da un grabado del convento de la Rávida, donde Colon recibió hospitalidad, creemos oportuno unir al recuerdo de aquel génio ilustre el del cantor castellano que narró su vida en hermosos versos, dando cabida á los dos bellísimos romances siguientes.

ROMANCE XII.

EL PRIMER ADIOS.

Ya el barco en la mar se mece
dado al viento el lino audaz,
y llama con su bocina
al marino el capitán.

Flota en el tope del mástil
de Anjou la enseña ducal,
á la sombra cobijado
del pendón de mi ciudad.

A Nápoles va la escuadra,
que las sendas de cristal
por el golfo deslumbrante
rompe con quilla fugaz.

Los bravos aventureros,
mal habidos con la paz,
allí rigiendo sus naves
cantando en la proa van.

De gloria y bótin ganosos,
por el conde Provenzal
blandir el acero quieren,
y rey lo saludan ya.

También yo parto con ellos,
que me llama el ronco mar;
de la muerte y de la gloria
peregrino voy detrás.

Y veo en los horizontes
una cosa colosal,

y secreta voz me dice
que despues hay algo mas.

Y no tengo otra fortuna
que mi brazo y libertad,
ni otra herencia sino el golfo,
ni otra suerte que mi afán.

Ancianos son ya mis padres,
han hecho por mí demas...
es una deuda sagrada
sostener su última edad.

Y aunque el corazón se parte
al salir del dulce hogar,
donde á la infancia sonrie
la pura felicidad;
donde aquellas blancas horas
de dulcísimo solaz
é inocentes alegrías
de recuerdo celestial,
al hombre triste deparan
en el humano lindar
la única y breve ventura
que no se olvida jamás;
aunque se arrasan mis ojos,
y mi voz se anuda ya
al salir desde la calma
débil á la tempestad,
¡ánimo, corazón mio!...

Dios conmigo allí estará.

¡Madre del alma, no llores,
no me llores, por piedad,
con ese entrañable llanto
que baña tu augusta faz!

¡No digas, por Dios, que nunca
á verme ya volverás!

¡No mates mis esperanzas!

¡No repitas ese ay!

¡Padre mio... estoy de hinojos!...

¡Dejadme, señor, besar
esas canas sin mancilla,
y la bendición me dad!

¡Estrechadme, hermanos míos!

¡También, oh niños, llorais!...

Ángeles sois en la tierra...

velad, pues, sobre este umbral!

¡Así!... ¡Todos á mi pecho!

¡Otra vez!... ¡no puedo mas!...

¡Esto es morir!... ¡ya es la hora!

¡Al mar!... ¡Adios, patria!... ¡Al mar!...

ROMANCE XV.

¡SAN JORGE!

¡Marineros, á la escota,

y dad fuego á los cañones!

¡Zafarrancho y á la vela!

¡Bogad, y viva San Jorge!

Cuatro velas venecianas

asoman al horizonte:

¡salgámosles, pues, al paso,

y Dios salve á los mejores!

¡Bravo, capitán!... De guerra

tu bocina ya dió el toque,

y ya el león de San Marcos

á lo lejos te responde.

¡Adelante, mi galera,

devora la mar salobre!...

El enemigo está al frente,

que te arríe sus pendones.

Pareces batiendo el agua

con cien remos uniformes,

cual un ave gigantesca

que en sus alas lleva un monte.

¡Animo, galera mia,

con tus veteranos hombres,

tus seis bombardas por banda,

tus diez bancos de galeotes!

El viento llena tus lonas,

te arrullan del mar los sones,

el peligro es tu elemento,

el honor tu claro norte.

¡Vuela, aborda la primera

los adriáticos galeones,

y la bandera Liguria

clava triunfal en su tope!

¡El enemigo! ¡Sus! ¡fuego!

¡Así! ¡bien rugen tus bronces!

¡Otra andanada, mi barca...

hienda el mar tu voz enorme!

Haz que al estruendo vibrante

tiembren los polos del orbe,

cual de la leona suelen

con el rugido los bosques.

¡Bien por mis valientes!... Sangre

amiga y contraria corre,

y las candidas espumas

esmaltan rojos pendones.

Y el ¡ay! de los mal heridos,

á quienes nadie socorre,

y el crugido de las vergas,

del combate el duro azote,

y los mástiles tronchados

por los globos voladores,

(1) Véndese en las principales librerías de Madrid.

y que caen sobre los cascos como desplomadas torres, y el eco que el Océano repite en cóncavos sones, son la música terrible que en el trueno choque, al són de los vendabales y al compás de los cañones, convierte en gigantes férreos á los fuertes lidiadores.
¡Bizarra estás, mi galera!
¡Me place, pardiez, tu porte!
A la tempestad pareces, que cuanto halla al paso rompe.
Y de humo y llama sumida en torbellinos informes, eres un volcan errante de alientos abrasadores; ó ya cometa bermejo de las flagrantes regiones, cuyas crines son centellas y cuyas chispas son soles.
Lidia, pues, gallarda nave, y da razon de tu nombre...
¡Al abordaje, marinos!
¡Cerrad, y viva San Jorge!

V. GARCÍA ESCOBAR.

COSTUMBRES CASTELLANAS.

TIPOS DE SORIA.

PASTOR Y PASTORA DE VILLACIEVROS.

Apartada en cierto modo de la actividad y el movimiento de adelanto que caracteriza á otras de España, la provincia de Soria, tan poco frecuentada por los artistas que tratan de estudiar las costumbres, los tipos y los monumentos notables de nuestro país, es, sin embargo, una de las que mas ancho campo ofrecen al estudio. El espíritu innovador de la época ha ejercido tan corto influjo en la mayor parte de sus pueblos, que aun pueden recogerse en ellos datos curiosísimos respecto á trajes, costumbres y tradiciones, que sirven para darnos á comprender en sus detalles y mostrarnos á mas clara luz la historia. Los dos tipos que ofrecemos hoy á los lectores de El Museo pertenecen al lugar de Villaciervos, lugar pobre y escondido en las ondulaciones de los montes que han hecho famosos sus renombrados pinares, y ofrecen sus trajes la particularidad de *el cruzado*, pañoleta de una forma especial y de extremos largos, que se cruza dando vueltas alrededor del pecho y la cintura, y que con sus vivos colores resalta de un modo pintoresco sobre el traje pardo y de antiquísimo corte de las mujeres, y *la capa blanca*, distintivo por el que se conocen en toda la provincia á los pastores de aquella localidad, los únicos que conservan todavía esa prenda que, por la capucha que la adorna y la forma particular que tiene, recuerda su remoto origen.

Los experimentos hechos con tubos atmosféricos para la trasmision de despachos en el interior de París han producido un resultado satisfactorio, y se trata de establecer una red subterránea de estos tubos que una las principales estaciones telegráficas y los edificios públicos mas notables. El aire empleado como motor es comprimido por medio del agua y no por el vapor, pues esto hubiera exigido la instalacion de poderosas máquinas. El sistema aplicado, es el mismo que ha inventado el ingeniero Sommelier para la perforacion del túnel del Monte Cenís.

Los pájaros insectívoros, esos vigilantes guardianes de las cosechas, son en Alemania y en Suiza objeto de particulares atenciones y cuidados. Llévase la solitud en estos países hasta el extremo de fabricárseles en los árboles de los bosques y jardines, nidos que los huéspedes alados á quienes se destinan tienen en gran aprecio.

Sabido es que el estornino figura en primer término entre los pájaros destructores de insectos. Un curioso observador ha averiguado que una pareja de estorninos con sus dos hijuelos, habia devorado en un día 264 caracoles, ó el equivalente en escarabajos.

Un hombre adulto hace de 15 á 18 inspiraciones por minuto, introduciendo cada vez medio litro de aire en sus pulmones; durante este mismo tiempo, el corazón da cerca de 60 pulsaciones, y lleva 2 litros y 3 decímetros de sangre al pulmón.

El aire espirado ó arrojado del pulmón no es puro, y contiene 4 ó 5 por 100 de ácido carbónico.

Un constructor de Avignon acaba de hallar una nueva aplicacion del caoutchouc. En un molino que ha imaginado para descascarar el arroz, el grano sufre esta operacion entre dos muelas planas ó cónicas revestidas las dos de caoutchouc, ó dispuestas de un modo que una de ellas esté forrada de una placa de caoutchouc, y la otra formada de una piedra dura cualquiera, de las que son propias para este uso.

El aparato en sí no se diferencia de los molinos ordinarios; el grano llega por el centro de la muela superior, que presenta además una disposicion especial para que pueda caer en el intervalo que le separa de la muela inferior un cuerpo duro reducido á polvo grueso, pero en granos mas pequeños que el arroz que se ha de descortezar. Se puede emplear para este uso arena, esmeril ó una materia dura análoga á éstas.

Recientes experimentos han demostrado que el azufre puede emplearse ventajosamente para impedir la filtracion de las aguas al través de los macizos de los canales, cañerías y estanques. Para ello se forma un mastic, mezclando tres partes de azufre y una de cera amarilla, el cual conserva las propiedades del azufre puro, no siendo susceptible de resquebrajarse ni contraerse por efecto del frio ni de la humedad. Se aplica fundido sobre las grietas y las juntas.

Un fotógrafo sueco ha adoptado una singular manera de hacer retratos. Coloca á la persona que vá á retratarse, en una cámara oscura, y en el momento de operar ilumina la cámara por medio de magnesio pulverizado y cloruro de cal, encerrados en una cápsula de hierro, que enciende una lámpara de espíritu de vino. La luz dura algunos segundos, lo cual basta para que el retrato quede hecho.

DESPUES DE MUERTO.

(CONTINUACION.)

Pero mi antagonista habia vuelto á Madrid; quizá alguno de los mozos de la fonda de Lhardy podría testificar que yo volví del peligro sano y salvo.

¿Y seria yo conocido por algun mozo de la fonda? ¿No huiria mi adversario á una intimacion que le hiciera Enrique, temiendo verse envuelto en un sumario?

¡Mucho sufrí! La idea de abandonar para siempre el mundo en que *ella* vivia, no se apartaba de mi mente. ¡Ella! el solo objeto caro para mí en la vida, la única ilusion que sonrió á mi juventud, la primera y última pasion del alma.

Comprenderá el lector que en aquel momento no estaba yo para acordarme de tiempos pasados ni de futuras olvidadas.

¡Tantos afanes, tantas zozobras, tantas amarguras sufridas por alcanzar un sí de sus labios, por llegar á poseer algun dia su amor, verlos malogrados hoy por una circunstancia independiente de mi voluntad, por una fatal circunstancia que se interpone en mi camino! ¡Perder su amor, el ideal con que soñara!

Yo debia matarme,

¿Y si el juez, al instruir las diligencias, y en virtud de la carta que yo escribí, me daba por suicida? ¿Y si mi amada, por temor de ser objeto de las conversaciones de café, dejaba de participar la fúnebre noticia que de mi desafío la habia yo dado? ¿Y si los que presenciaron nuestra contienda preliminar del duelo, decian que no habian visto nada, ni oido nada, ó nada decian?

No me arredraba esto tampoco; yo *debía* matarme.

El alba amaneció: las burras de leche corrian, despertando con su campanilleo al vecindario doliente; los carros de limpieza recorrian con su estado mayor de barrenderos las primeras calles de la capital; los faroles se apagaron y la campana de San Luis tocaba á misa. Yo asomé mis narices tras de las vidrieras, por contemplar la salida de un sol, cuyo ocaso habia de alumbrar mi cadáver.

Quise tambien dejar escrito mi pensamiento en breves líneas. ¡Ah! la pluma se negó á hacer rasgo alguno caligráfico. Yo temblaba; iba á morir, á morir por mi propia mano, y el mundo acaso llegaría á saber tan desesperado fin.

Yo no sé el tiempo que estuve sin saber que existia, agoviado por un confuso remordimiento de lo que iba á hacer, tendido en una butaca y ocultando mi rostro, triste imagen del estado de mi alma, con mis nerviosas manos.

Una argentina voz vino á despertarme.

—«*La Correspondencia, La Correspondencia de ahora!*»

Instintivamente, mandé que me trajeran un número

del periódico noticiero. Lo recorrí con ansiedad y hallé el siguiente suelto.

—«Circula estos días el rumor del trágico fin que se dice ha tenido el simpático jóven don F. de Z..., á consecuencia de un duelo motivado por amores. La autoridad entiende en el asunto. El cadáver no ha sido habido.»

La noticia parecia dada á luz por alguno de mis amigos redactores del periódico, que con la impasibilidad del historiador narra el trágico suceso.

El estilo anunciaba á las claras que el suelto no habia sido remitido.

IV.

Competentemente autorizado el rumor de mi muerte en duelo, no habia consideracion alguna capaz de detener mi suicida mano.

Yo *debía* matarme. No eran, sin embargo, el estante de las campanillas, ni el baño de la leona, sitios á propósito para llevar á cabo mi desgraciada resolucion. Mi cadáver sobrenadaria, lo verian los guardas, se estraeria, se reconoceria y vendria yo mismo desde el otro mundo á desmentir á *La Correspondencia*.

Lejos de mí la idea de quitar su crédito á un periódico; pero no queria yo pasar por suicida.

Sin embargo, yo habia anunciado mi muerte.—Yo debia morir.

Pedí el chocolate.

Yo tomo chocolate en España, té en Inglaterra, café en Francia, cerveza en Alemania, leche en Suiza, manteca en Flandes, y macarrones en Italia; fumo tabaco en América, y opio en Turquía; y lo mismo me atraco de nidos de pájaros en China, que de cocos en la Habana, ó de dátiles en Berbería, y me paso las horas muertas en las orillas del Báltico comiendo mariscos, que en los huertos de Valencia y Murcia entre melones y naranjas, ó á la sombra de los vírgenes bosques del nuevo continente, masticando la sabrosa anana ó bebiendo la dulce *pulca*.

El chocolate es mi desayuno en España. El chocolate es el alimento mas familiar que puede existir. Tomar el alcuzcuz entre los árabes, brindar en el Sena con espumoso *champagne*, empinar el Rhin allá en los amenos paisajes de Alemania, echar una cañita en San Lúcar, desbarrilar un tonel de añejo Jerez en aquellas célebres bodegas, asistir á una diplomática comida en el Támesis, nada da la familiaridad, la confianza que el invitar á uno á tomar chocolate.

Yo, que iba á matarme, considerándome ya difunto, me invité á mí mismo, que aun vivia, á tomar una jicara de chocolate; y así que el hirviente soco-nusco apareció en mi mesa, entablé el diálogo siguiente, entre yo vivo y yo muerto.

—Mira, la barbaridad que vas á hacer es estúpida hasta dejarlo de sobra: tú ya te has muerto, porque estoy yo aquí que no te dejaré por embustero, y aun cuando no tengo otra partida de defuncion que la voz pública y su órgano autorizado, tú, aun cuando vivas, muerto estás en mí, pues á nadie interesa que resucites.

—Es que yo no quiero ser como ciertas gentes, que un día dicen una cosa y otro día otra; he dado mi palabra y...

—¡Bah! si tú no te contradices! Tú te metes entre bastidores y ves lo que pasa por la escena social con el grave acontecimiento de tu muerte, sin decir si estás muerto ó vivo.

—Bien, pero ¿y si luego se me antoja vivir para el mundo? ¿lo que menos, me tomarán por un tesorero de provincias que se ha alzado con los fondos.

—¡Bah! nada de eso, te puedes dar el aire de una persona que, ocupada en graves negocios, no ha tenido tiempo para desmentir los rumores de su muerte, como los que van á veranear á San Martín de Valdeiglesias, y dicen luego que han pasado los meses de calor en París, en el barrio de San Martín; de la misma manera tú, viviendo en Madrid disfrazado, contarás despues, si se te antoja, que has estado pescando ballenas en la Océania.

—Dirán que mi vida es plagio de la comedia de Breton *Muérete y verás*.

—¿Qué te importa el qué dirán? contestas *¿qué se me da á mí?*

—Es plagio de otro título de otra comedia del mismo autor.

—Pues lo que es matarse por amores, aunque sea una originalidad, nada tiene de original, es un plagio de *Lucía de Lamermoor*.

—Me vas convenciendo, no soy amigo de plagios.

—¡Vaya! déjate vivir, por curiosidad. Tú ya has hecho bastante con darte por muerto...

—No tanto.

—Con perder por ahora tus derechos civiles y políticos...

—Eso es exacto, mas...

—Con renunciar á todas tus relaciones sociales...

—Es una pérdida, pero...

—¡Vaya! hombre, convéncete.

—¡Eso no! ¡cuando digo que he dado ya palabra de matarme!

—La palabra te la has dado á tí mismo y la has



TIPO PORTUGUES. — VENDEDORA DE PESCADO.

cumplido, puesto que yo, que soy tú, estoy en el otro mundo con anuencia de la opinion pública.

- No obstante...
- ¡Bien! pues espera siquiera veinte y cuatro horas; cumplido el plazo, te matas y te quedas tan satisfecho.
- ¡Hombre! ¡hombre!
- ¡Ea! reflexiónalo bien, yo voy á hacer mi papel de cadáver... oculto.
- ¡Si nadie me conociera!
- Revócate la figura á tu gusto y parecerás otro; hasta puedes acudir como pariente, á informarte de lo ocurrido, y sabrás lo que hacen el juez, el escriba-

podan informar sobre el hecho en cuestion, etc.» Este anuncio oficial, que ocho dias despues leia yo en la seccion judicial de la *Gaceta*, me hizo soltar una estrepitosa carcajada.

¿Qué habia ocurrido en estos dias, para que la autoridad judicial exhibiese mi nombre, á guisa de anuncio de pérdida de mastin ó res de cerda?

¿Qué, dirán mis lectores, habria ocurrido para que la suicida mano se detuviera, prorogando el criminal intento mas allá de las veinte y cuatro horas?

Pues es muy sencillo. El juez leyó la carta é él dirigida, y dijo:—«Aquí hay gato encerrado,» el escribano murmuró *aliquid chupatum*, y el uno mandó, y

no, tu antagonista en el duelo, tu amigo Enrique, tus demás amigos y tu... tu novia.

Yo me quedé anonadado con aquella serie de reflexiones, y cuando volví en mí me encontré solo, absolutamente solo; el yo muerto habia desaparecido, no me quedaba mas que la jicara de chocolate vacía y en el fondo del vaso de agua creia divisar un Cupidillo que se columpiaba en las cristalinias burbujas, sonriéndose picarescamente y como diciéndome:—«Aun te quiere.»

¿Quién renuncia para siempre á la esperanza? Yo volví á creer en el amor, en mi adorada, y á pesar de la epístola y de las calabazas que en ella me mandó, soñé en lontananza con el pan de la boda y la luna de miel. Con estos dos alimentos, ¿quién se muere de hambre?

Se sueña aquello que se desea; manjar por manjar, el que menos me ha gustado siempre es la calabaza. Yo me daba calabazas matándome.

Y puesto que soñé, pensé en vivir; la vida es un sueño.

Pensar y hacer, en mí suelen ser sinónimos.

Resolví vivir veinte y cuatro horas.

V.

«Ignorándose el paradero del cadáver de don F... de Z..., muerto en duelo en la mañana del... de... se cita, llama y emplaza á todas las personas que

el otro escribió pliegos y mas pliegos. Un anónimo de la familia de mi novia, convenció al juez de que se trataba de algun duelo, y S. S. dijo al escribano que *continuara el procedimiento*. Este no necesitó que se lo repitieran, y salió el anuncio.

Noticioso yo de la causa, me abstuve de morir, porque, pudiendo citarse á mi novia á dar una declaración, era fácil que ésta la comprometiera y se encontrara poco ó mucho envuelta en el caso jurídico; y yo, que aun la amaba, por evitarla tamaño disgusto, quería poderme presentar en cualquier tiempo haciendo ver que vivia. Aplacé el suicidio.

Dejé la *Gaceta* y cogí el *Diario de Avisos*; en él venia el siguiente anuncio:



DON F. DE ZULUETA HA FALLECIDO.

«La desconsolada familia ruega á sus numerosos amigos, se sirvan asistir al funeral que se verificará hoy... en la iglesia parroquial de San Ginés, á las ocho de la noche.

El duelo se despide en la iglesia.»

Mucho me dió que hacer la redaccion del anuncio.

Primero, «don F. de Zulueta ha fallecido.» ¡Corriente! «Su desconsolada familia ruega á sus amigos (¿á los de ella?), se sirvan asistir al funeral.» ¿En qué quedamos? ¿Se puede saber de quién es el funeral? ¿Es el mio, el de mi familia, el de mis amigos ó el de los amigos de mi familia? Pero ¡bah! yo soy el fallecido, yo debo ser el funeralizado.

«El duelo se despide en la iglesia.» ¡Vaya una frase! ¿Si será que creen que no ha concluido el duelo en que me mataron? ¿Se irá de viaje el duelo?

Pero no, «el duelo se despide en la iglesia;» este es el duelo que van á hacer á mi muerte: luego quiere decir que he muerto, y á muertos y á idos no hay amigos. Demasiado que lo sé; pero es mucha desvergüenza eso de escribir en letras de molde «te lloramos hasta la puerta de la iglesia; en saliendo á la calle, el duelo se vá, se despide;» ¡pues! como si fuera á hacer otra visita! ¡Ah! ya lo entiendo, tendrá que asistir á otro funeral, donde le habrán echado de menos. El duelo suele estar tan ocupado algunos dias, que muchas veces no se le encuentra donde debiera hallarse.

Fácilmente puede todo el mundo comprender que me decidí como Carlos V á presenciar mis funerales.

En aquellos dias habia yo salido muy poco y completamente desfigurado. Pude ver sin ser visto, es decir, sin ser conocido.

Ví que mi novia estaba pálida. Que mis amigos hablaban de mi desgraciada suerte. Que mis enemigos me elogiaban.

Que aquellos que me debian algo, decian que me perdonaban lo que yo les debía.

Que mi familia se puso de luto. Y que el portal de mi casa mantuvo cerrada durante los ocho dias una de las hojas de la puerta.

—¡Es muy singular, decia yo, lo que le pasa á uno cuando se muere!

Al ver á mi novia, presa acaso de los remordimientos, le da á uno gana de decir «estoy vivo, todo ha sido una farsa.»

(Se continuará.)

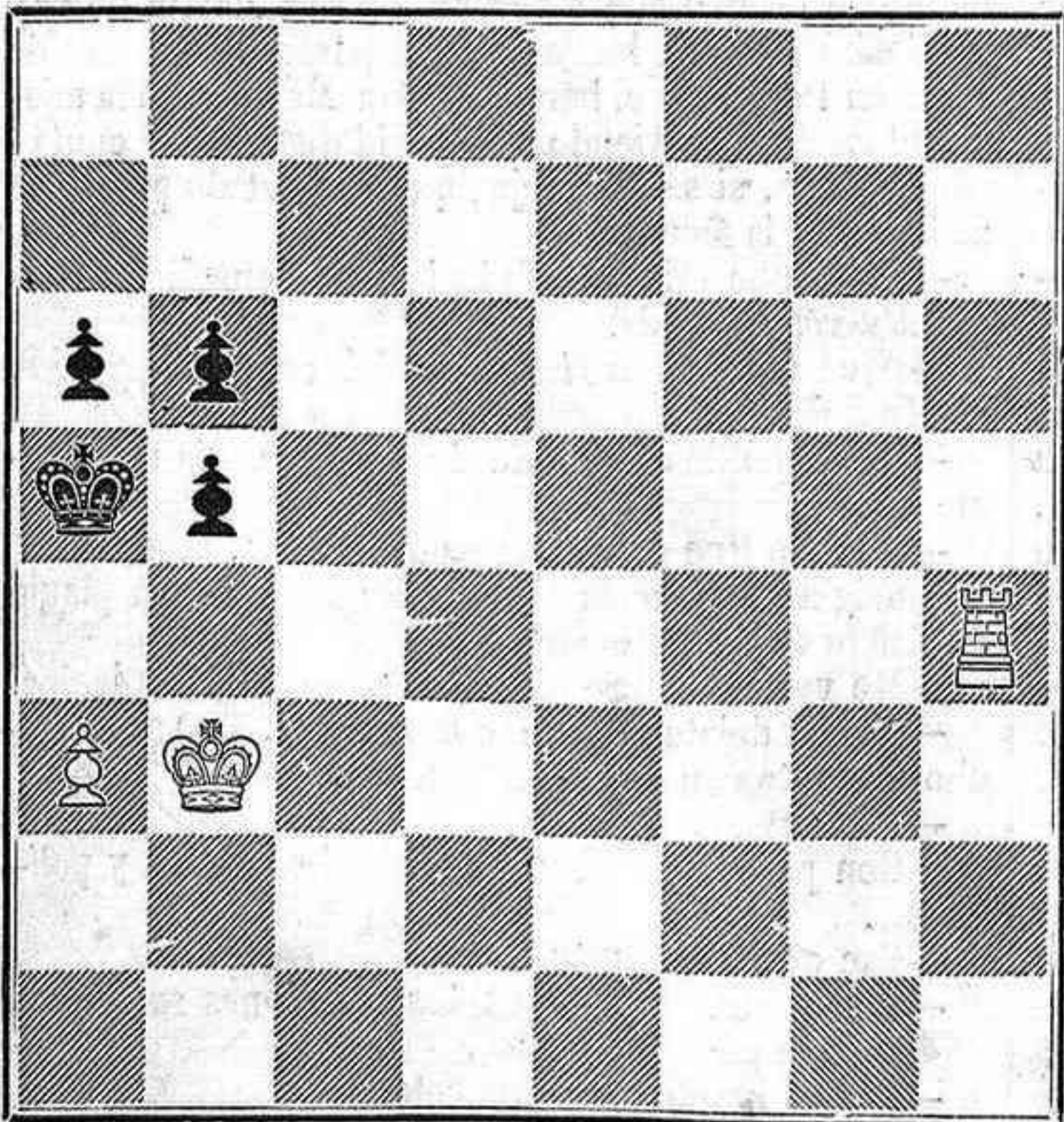
F. DE ZULUETA.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 74.

POR DON J. MARQUEZ DE BURGOS (ALMERÍA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 73.

- | Blancos. | Negros. |
|----------------------------------|-----------------------------------|
| 1. ^a D 3 D | 1. ^a D t P 4 A D |
| 2. ^a A 3 C D | 2. ^a D t A (1) (2) (5) |
| 3. ^a D 5 A R jaq. | 3. ^a R t D |
| 4. ^a C 4 D jaq mate. | |
| | (1) |
| 2. ^a | 2. ^a T 2 D |
| 3. ^a A t D jaq. | 3. ^a T 4 D |
| 4. ^a D t T jaq. mate. | |
| | (2) |
| 2. ^a | 2. ^a T c C t C |
| 3. ^a A t jaq. mate. | |
| | (5) |
| 2. ^a | 2. ^a T c D |
| 3. ^a | |

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Lerroxx y Lara, R. Canedo, J. Gonzalez, G. Dominguez, E. Castro, D. Garcia, B. Garcés M. Zafra; L. Gutierrez, P. Monzoni, de Madrid.

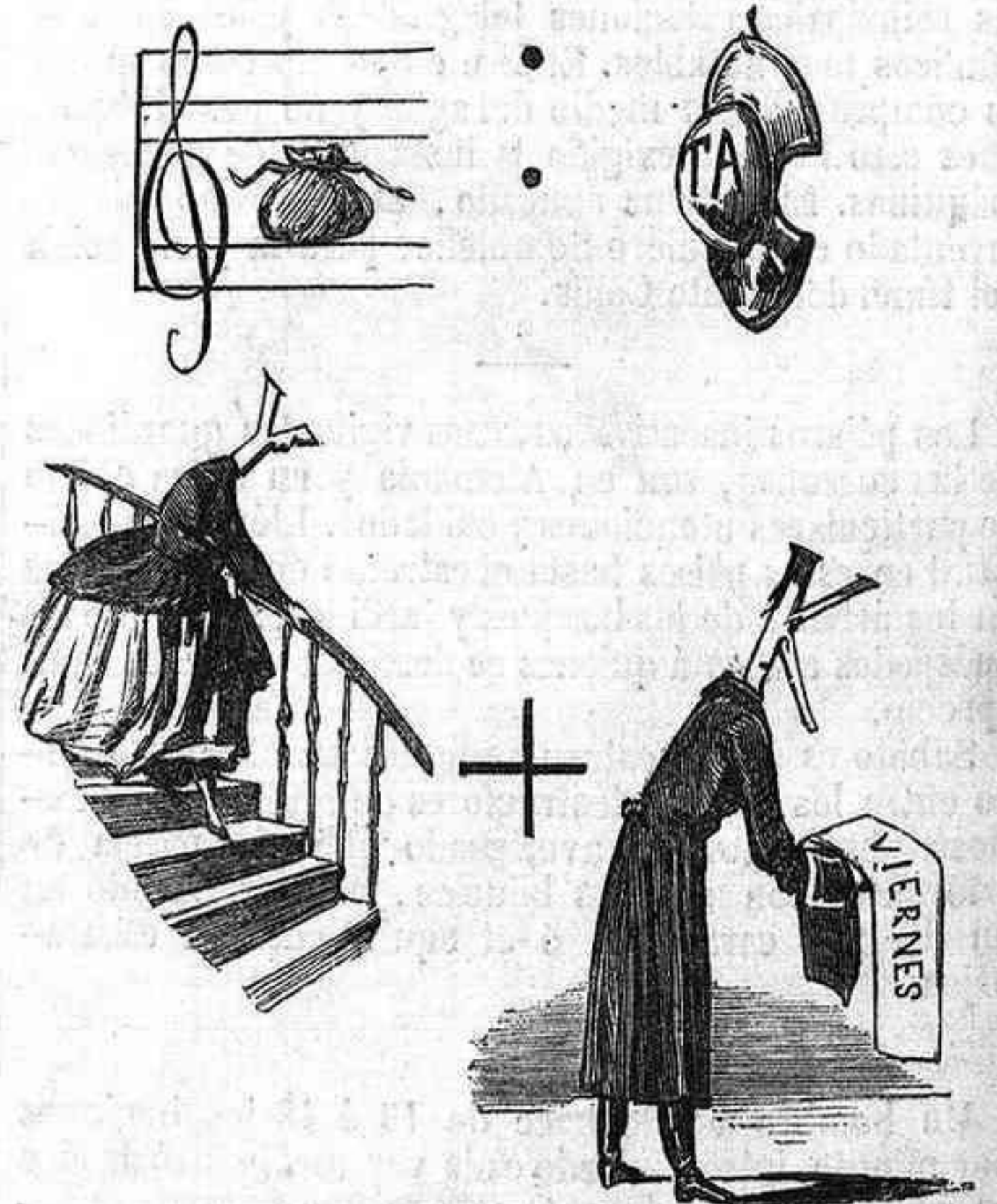
PROBLEMA NUM. XXXVIII.

POR DON. F. BOSCH.

- | Blancos. | Negros. |
|----------|---------|
| R 6 T R | R 4 D |
| D 2 C D | P 5 A D |
| A 4 T D | |
| A 6 C D | |
| P 4 C R | |
| 6 C R | |
| 6 D | |

Los blancos dan mate en tres jugadas.

GEROGLIFICO.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPARY ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.